

XXV. EL AGUA DE VIDA CONVERTIDA EN VINO

No importa que el día sea tenebroso, porque podéis iluminarlo; y si es brillante, acrecentaréis su fulgor con una palabra cariñosa, una muestra de gratitud y un efusivo apretón de manos a vuestros amigos. Si tenéis enemigos, perdonad y olvidad. Si cada cual pensara en lo mucho que por su parte puede contribuir a la dicha humana, no habría tanta miseria en el mundo.

Cierta señora anciana de pacífico y sereno rostro, que parece enteramente superior a las tribulaciones propias de la generalidad de las gentes, encontró a una acongojada amiga, quien quiso inquirir en ella el secreto de su felicidad.

La señora respondió:

-Querida amiga, tengo el Libro del Placer.

-¿Y qué libro es ese?

-Pues, el Libro del Placer. Hace años aprendí que no hay día tan triste y sombrío, por mucho que lo sea, sin que aporte por lo menos un rayito de luz, e hice ocupación de mi vida transcribir en sus páginas las menudencias que tanta importancia tienen para una mujer. Desde que salí del colegio llevo un diario para cada año, donde anoto cosas al parecer tan insignificantes como el estreno de un traje, la conversación con un amigo, las inquietudes de mi esposo, una flor arrancada, un libro comprado, una carta recibida, un paseo por el campo, la audición de un concierto o una excursión en carruaje. Todo esto lo anoto en mi Libro de Placer, y cuando me asalta la turbación, me basta leer unas cuantas páginas para verme feliz. Le enseñaré a usted mi tesoro, si gusta.

La afligida y descontenta amiga hojeó el libro que la señora le trajo, y leyó una de las anotaciones, que decía así:

“Recibí una afectuosa carta de mamá. Vi un hermoso lirio en una ventana. Encontré el alfiler que había perdido. Mi marido me trajo un ramo de flores.”

Después la apenada amiga repuso:

-¿De modo que tiene usted un placer para cada día?

-Uno para cada día. Ya ve usted que supe poner mi teoría en práctica.

En otra página del libro leyó la amiga:

“Mi marido murió con sus manos entre las mías y mi nombre en sus labios.”

¿No fuera bueno que todos siguiéramos el ejemplo de la anciana señora y tuviésemos un Libro del Placer?

¡Benditos los que difunden el gozo en torno suyo! Afortunadamente, hay quienes consideran la vida cual precioso don y parece como si hubieran nacido en la mejor época y en el mejor lugar del mundo.

El hombre afable lleva continuamente en sí en su presencia y persona, una influencia que actúa sobre los demás como el calor estival en campos y bosques, pues despierta los más delicados sentimientos de las gentes con quienes trata y les da fortaleza, valor y felicidad. Un hombre así convierte el más árido paraje de este mundo en luminoso, resplandeciente y cálido lugar donde los demás puedan vivir. Quien le encuentra por la mañana recibe alivio en las luchas y tribulaciones de aquel día y su apretón de manos infunde nuevo vigor en las venas.

Después de conversar con él unos minutos, sentís como si se explayara el ánimo y se acrecentaran las energías y el estímulo de vivir, de suerte que estáis dispuestos para el cumplimiento de un deber o la prestación de un servicio.

Mayor utilidad obtiene de la vida quien sabe descubrir los latentes tesoros ocultos a casi todas las miradas y advierte gracia y hermosura donde los demás sólo ven fealdad y vileza. Hay amables y estimuladores caracteres que poseen la maravillosa facultad de convertir en delicioso vino la vulgar agua de vida. Su presencia es como un tónico que nos vigoriza y ayuda a sobrellevar nuestra carga. Cuando llegan a su casa parece como si apuntara el sol tras prolongadísima noche ártica. Desatan la lengua y hablan con el don de profecía.

Le preguntaron a una señora cómo se las componía para estar bien con gentes bruscas, y respondió:

-Es muy sencillo. Me fijo tan sólo en sus cualidades y paso por alto sus defectos.

Así son de mejor trato y más buenos amigos las personas que procuran desarraigar nuestros vicios mediante el estímulo y elogio de nuestras virtudes, de modo que nos convirtamos a elevados ideales.

Pocas gentes tienen la suficiente alteza de ánimo para sobreponerse a sus penas y desengaños. La mayoría están hablando continuamente de ello como si no hubiese cosa de mayor importancia, con lo que forman una tenebrosa atmósfera en su derredor, sin advertir que no podrán ser verdaderamente fuertes mientras no pospongan los menudos contratiempos de la vida a la grandeza de un nobilísimo ideal.

Para las gentes bien nacidas hay una ley no escrita que las compele a guardar para sí mismas sus tribulaciones. La paciencia suaviza el carácter y alivia las pesadumbres que, cuando no se soportan con heroísmo, aparecen repulsivas en el rostro.

Si guardáis las penas en lo íntimo de vuestro corazón, cuantos lo conozcan admirarán vuestra paciencia y discreción. Para las tribulaciones no hay remedio más eficaz que la fortaleza de ánimo.

En una de las batallas que se dieron durante la guerra de Crimea cayó una bala de cañón en medio de un hermoso jardín; pero lejos de causar estrago, brotó del golpe un manantial que no ha cesado de fluir. Asimismo puede suceder que nuestras escondidas penas sirvan de consuelo y bendición a quienes necesiten de nuestro auxilio, porque no se nos ha dado la vida para lamentarnos, sino para emplearla en desinteresados servicios.

Cuenta Goethe que la cabaña de un pastor quedó en cierta ocasión iluminada por una lamparilla de plata, cuya mágica luz convirtió en plata las puertas, suelo, techo y muebles de la choza. De la propia suerte una sola alma luminosa tiene poder bastante para embellecer un mísero hogar.

Dice sobre el particular el doctor Savage:

A veces nos enfadamos y maldecimos de aquel día porque las salpicaduras de un coche nos deslucen el brillo de las botas, cuando debiéramos pensar en las maravillosas energías que a través del uni-

verso actúan en nuestro diminuto planeta, y unas veces lo envuelven en la luz del sol, otras cubren el cielo de nubes, ya evaporan las aguas de estanques, lagos y ríos, ya las devuelven en lluvia, granizo o nieve, equilibrando de este modo las fuerzas naturales en el maravilloso ciclo del mundo. Bellezas tiene el cielo gris; maravillas hay en cada gota de lluvia; infinitos portentos encierra un copo de nieve. ¿Habríamos de olvidar todo esto y conturbarnos tan sólo porque no sucede a medida de nuestro gusto, que egoístamente quisiera gobernar el tiempo?

Sé de una parálitica que durante muchos años estuvo sin moverse de su cuarto, sentada en una butaca, desde donde sólo veía las copas de los árboles; y a pesar de todo, se mantenía tan cariñosa y placentera, que se marchaban consolados cuantos a verla iban afligidos. Por su situación dirían que esta mujer es digna de lástima e inútil para el mundo; pero, en realidad, es de mayor valía que algunas potentadas, porque posee la mejor riqueza: la del alma luminosa y placentera que sobrepuja a todo contratiempo y aflicción.

La felicidad no es un accidente, ni reside en las cosas ni depende, como la mayoría se figuran, de tener o no dinero. Desde luego que en igualdad de circunstancias el dinero proporciona ciertas ventajas, aunque no muchas, pues no difieren gran cosa las comodidades de una morada suntuosa, de las del modesto, pero limpio y aseado hogar, en donde el amor reside.

Efectivamente, el amor es a menudo forastero en los palacios y ni el bienestar ni la dicha pueden tener su asiento en el hogar falto de amor y dulce confianza. Cordialidad, sencillez, amor, honradez, caridad, desinterés, simpatía y sinceridad son las cosas más apetecibles de la vida, que todos nos debemos esforzar en poseer, o cuando menos, frecuentar el trato de quienes las posean.

Guillermo Rugh, muchacho lisiado, vendedor de periódicos, de Gary (Indiana), ofreció su pierna para que le arrancaran la piel necesaria al injerto de una niña enferma, a quien ni siquiera conocía. La niña curó, pero los pulmones del pobrecito Rugh no pudieron resistir el anestésico y murió de sus resultas. En la agonía fue su nodriza a postarse junto al lucho de muerte, hundiendo el rostro en la almohada. El

moribundo le tomó la mano, le acarició los cabellos, y le dijo: “No llores. Hasta ahora no serví para nada, y ya ves cómo hice algo en beneficio de alguien.” Al expirar, exclamó: “Decidle a *ella* que muero contento.” De sus rígidos dedos cayó sobre la colcha de la cama una rosa que poco antes le diera la niña salvada.

Admirable fuera este nuestro mundo si todos nos esforzáramos vigorosamente en adquirir las cualidades de verdadero mérito que forman un gozoso y servicial carácter. No necesitaríamos entonces tribunales ni penitenciarías. La Regla de Oro sería por doquiera la ley de la vida.

Junto al deber de la abnegación está el del gozo. Lo que la madurez para el fruto, el canto para la alondra y el estudio para el entendimiento, es la felicidad para el alma. Así como la ignorancia y la bajeza delatan una mente ineducada, así también el infortunio y la miseria pregonan un descuidado corazón. El carácter armónico mantendrá tensas y vibrantes las cuerdas de que brota el gozo.

Dice a este punto Southey:

Un goloso se ponía anteojos de aumento cada vez que iba a comer cerezas, pues de este modo se le figuraban más gordas y apetitosas. De igual manera me procuro todos mis goces; y cuando no pueda apartar la vista de mis pesares, los guardo en un envoltorio muy chiquito para mí solo, sin molestar a nadie.

En cuanto a la felicidad material somos más ricos de lo que creemos, pues en nosotros hay mil ocultos y todavía no alumbrados manantiales de gozo. Pensemos en el fruto que de las cosas que a nosotros nos parecen vulgares y despreciables obtendría un sordo y ciego de nacimiento, si de pronto cobrase vista y oído. Le encantarían las malezas de las márgenes camineras, que tanto nos disgustan, y se recrearía en el estrepitoso rumor de las calles, que tanto nos molesta.